

nunca el que antes había sido; que una repugnancia invencible apartaría siempre su mano de la caricia y sus palabras del afecto. En tan doloroso estado de ánimo permaneció mucho tiempo. La sola cosa que le proporcionó algún consuelo en tanta tristeza, fué el recuerdo de un rasgo cariñoso y cómico al mismo tiempo, del guarda rural; éste, en la mañana misma del acontecimiento, al volver á su casa ya informado de todo y comprendiendo que el maestro debía de estar abrumado por el disgusto, para que viese que él no creía en nada, había tenido la noble idea de hacer que su hijo le dijese á través del ojo de la llave:

—Buenos días, señor maestro; alégrese usted.

Y después había agregado en voz alta:

—El delegado tiene cincuenta y nueve años; ayer fué día 15; el bofetón es el número 81; jugaré una peseta á terno seco.

BOSSOLANO

EN LA BOTICA

Como estaba resuelto á presentarse, en el año venidero, á concurso para una plaza de Turin, y casi consideraba como concluida su peregrinación de maestro rural, Emilio se presentó á fines de Septiembre en Bossolano, con gran indiferencia, no estimulado siquiera por aquella curiosidad de las impresiones primeras de sitio y de personas con que había llegado á los cuatro pueblos anteriores. Y sin embargo, acaso era éste, por todos conceptos, el más curioso de cuantos pueblos hubo conocido, y el joven habría entrado en él con alegría, si hubiera sabido de antemano qué compañía y qué género de vida le esperaban.

El pueblo, situado en medio de una gran llanura abierta, estaba formado casi todo por una plaza muy espaciosa, de forma rectangular, en la que, dirigiendo una mirada alrededor, se encontraba todo: la iglesia, la fonda principal, la tienda de comestibles, la oficina del recaudador de contribuciones, el juzgado municipal, el «café de la Amistad», las Casas Consistoriales, con su cartel de letras enormes, en que se leía: «Escuela de niños», y el cuartelillo de los carabineros, que tenía casi siempre, como distintivo, dos cinturones recién barnizados, que colgaban de la ventana. Parecía que todas las instituciones y todas las autoridades se habían arreglado de aquel modo para vigilarse mutuamente. En medio de la plaza había un lavadero público, defendido del sol por un cobertizo. Por los la-

dos opuestos de la plaza, y flanqueada por muy pocos edificios, pasaba la carretera provincial por entre la verdura de los campos, apuntando acá y allá, en el horizonte lejano, los vértices de dos prolongados triángulos blancos.

Alcalde de esta «plaza» era el boticario, dueño de una regular fortuna; un sesentón seco, con una cabeza pequeñísima, algo cojo y muy cumplimentero; éste recibió al maestro en el banco del establecimiento; le dió á probar un «vermut» con quina, y le anunció que estaría contento en Bossolano, que era un pueblo sin partidos y sin enemistades, en el cual todos estaban conformes, y vivían muy unidos y tranquilos como una sola familia; encontraría también un excelente compañero, un hombre verdaderamente extraño, el señor Delli, del cual, sin duda alguna, llegaría á ser buen amigo. Allí mismo tuvo Emilio ocasión de conocer á una de las dos maestras, la señorita Riccolli, que entró para comprar una cajita de carbonato de sosa, que la dió uno de los mancebos, no sin obligarla á ruborizarse con una frasecilla. El alcalde la llevó aparte á un rincón de la botica, y allí la presentó al maestro, en cuya presencia mostró la maestra una gran turbación. Era una maestra en miniatura, que debía de tener apenas la edad legal; también ella había llegado al pueblo hacía muy pocos días; era muy pequeña, pero de proporciones tan justas y tan graciosas, que su pequeñez no la afeaba; una carita en la cual era necesario buscar antes el sitio para darla un beso; animada por dos ojillos grises, que habrían sido bonitos sin cierta expresión de timidez de colegiala, que hasta quitaba gracia á sus líneas.

Cuando hubo salido la maestra, el alcalde hizo entrar al joven en la rebotica, y allí lo presentó á una señora, de bastante edad y muy gruesa, algo corta de vista, que estaba sentada en un sofá, leyendo un periódico de modas, y en una actitud por la que se conocía inmediatamente que era la alcaldesa. La señora dirigió al maestro una sonrisa, plegando ligeramente los labios, y le tendió las puntas de los dedos; después, sin preámbulos, le enseñó la disposición de la casa, con voz y con ademán de persona cansada.

La alcoba y el comedor estaban en el primer piso; en aquel salón y en otra salita contigua á él, donde se fumaba, recibía á los amigos por la noche, dos veces á la semana. Al decirle esto, le invitó para que asistiese á las reuniones. Detrás de la botica había un jardinillo, en el que algunas veces comían, en las tardes de gran calor. La casa no era un palacio; pero para ellos era lo suficiente.

—Además—dijo,—«en la casa propia», ¿no es verdad? se está siempre bien.

También la señora habló de la buena armonía y de la tranquilidad que en el pueblo reinaban, dejando comprender que eran aún superiores en la sociedad de Bossolano la educación esmerada y la «distinción», y que á esto no contribuía poco la benéfica influencia ejercida desde su casa, donde se reunían personas de todas las opiniones.

EL MAESTRO IDEAL

El cuarto destinado por el Municipio al maestro Emilio Ratti estaba en una casa sita en la plaza, en la que habitaban también el maestro señor Delli, con su familia, y el organista, maestro director de la banda musical del Municipio. A la sola aparición del señor Delli, que fué á visitarle el mismo día de su llegada, quedó maravillado Emilio: parecía reconocer una figura que solía pasar por su imaginación en la Escuela Normal, cuando su director el señor Megari, hablando de lo que debe hacer en ciertas circunstancias el maestro, repetía su pregunta habitual:

—¿Qué hace en este caso «nuestro maestro?»

Aquél su maestro ideal se parecía extraordinariamente al señor Delli, que era uno de esos hombres en quienes vemos á modo de la imagen encarnada de una profesión; de unos cuarenta años, de rostro severo y tranquilo, con el bigote puntiagudo; enjuto de miembros; vestido como entre el empleado de corto

sueldo y el sargento licenciado, limpio como un dado, vivo y mesurado al mismo tiempo en cada movimiento, como instructor de reclutas. Emilio le preguntó algo acerca de las autoridades; pero Delli contestó en términos vagos, como si aquella conversación le fuera indiferente. Habló, en cambio, durante diez minutos, de un nuevo edificio para escuelas, que se levantaba á la entrada del pueblo, dando noticias relativas al plano, á la bondad de los materiales de construcción, á las rebajas licitas obtenidas sobre el precio de la subasta por el contratista en las obras de albañilería, como si estuviese hablando de su casa. Después, consultando el reloj, dió al joven una lacónica bienvenida, y se alejó andando militarmente, dejando en Ratti una impresión de simpatía mezclada de ansiedad y casi de presentimiento de que bajo aquella corteza tosca había un hombre extraordinario, ante el cual alguna vez él se inclinaría.

LA SEÑORA JULIA MARTICANI

Las escuelas de niños estaban en dos habitaciones del piso bajo de la Casa Consistorial; eran pequeñas, pero no estaban mal amuebladas, y tenían dos ventanas á la plaza. La primera mañana en que, habiendo pedido la llave al ordenanza, fué Emilio á visitar su escuela, vió asomar detrás de los cristales á una señora; ésta penetró poco después con un chiquillo de la mano y le dijo que era la maestra de 2.^a, Julia Marticani, y que se tomaba la libertad de presentarle á su hijo, de seis años, inscrito en la 1.^a inferior. El esmero casi elegante, aunque evidentemente de pobre en el vestir, y la vivacidad nerviosa de los movimientos y de la voz, no lograban disimular sus cuarenta años, y dos dientes incisivos demasiado blancos dejaban adivinar una mella que le hacía representar más edad todavía. Tenía todo el aire de una mujer honrada

y de una madre cuidadosa. El interés de la familia, dijo al maestro, obligábala á vivir lejos de su marido, que desempeñaba un pingüe destino en Turin, pero que no quería (y con mucha razón) que ella renunciase á su puesto de maestra cuando le faltaban muy pocos años para tener derecho á jubilación. Solamente tenían aquel niño, al cual idolatraban y por quien harían cualquier sacrificio; se lo recomendaba con todo interés á su futuro maestro; era un niño muy bueno y muy inteligente; quíerale muchísimo un hermano de la maestra, abogado «distinguidísimo», establecido en Novara, y que, como no tenía hijos, le dejaría al sobrino una herencia «vistosa»; en la pila bautismal había tenido, como padrino, un pariente de su marido, «senador», que muy á menudo preguntaba por su ahijado en cartas «cariñosísimas», y últimamente había pedido su retrato. Pero ya tendría tiempo y ocasión para conocer al niño en la escuela y tomarle cariño. Solamente sentía que, según había oído decir, no sería maestro en Bossolano más que un año.

—Sin embargo—añadió de pronto frunciendo el ceño,—no perderá usted gran cosa: permita usted que se lo diga francamente. Le habrán dicho maravillas del pueblo: educación esmerada, buena armonía. Rebaje usted mucho la tara, señor Ratti. Hay también, como en todas partes, gente mala. Puedo decirselo porque llevo aquí un año, y lo sé por experiencia.

Y después de una ligera vacilación, descubrió lo que era la mayor pena de su vida. Desde que había llegado al pueblo la señora Marticani, su condición de señora sola, sin su marido, había dado motivo á murmuraciones mal intencionadas y calumniosas. Habían dicho, en primer lugar, que se dedicaba á maestra para vivir más libremente; después que estaba divorciada, y por culpa suya, por supuesto; por último, habían llegado hasta decir que el marido «no existía». ¿Podía imaginarse mayor infamia? De sobra conocía la maestra el origen de aquellos rumores. La primera en lanzarlos había sido la señora Bargazzi, una maestra natural de Bossolano, á la cual el pueblo había despedido; una serpiente que no podía ver en el pueblo ninguna maestra más joven, ni más señora que ella,

y siempre había hecho á todas la guerra. Además, eran venganzas de padres de algunas alumnas que la odiaban, porque en la clase no quería establecer distinciones entre los pobres y los ricos y mantenía orden con severidad y con justicia. Decían también que golpeaba á las niñas con la varita, porque les tocaba en el hombro para conseguir que estuviesen atentas. Un montón de embusterías. Podría decir los nombres de los calumniadores, escribir á su pariente el senador, dar una buena lección á alguno; pero su propio marido la aconsejaba para que fuese prudente, por lo mismo que se hallaba él en una «posición elevada» y podría perjudicarle un escándalo, aún teniendo razón. Lo malo era que durante el año que llevaba en el pueblo, ella sí había ido á Turín dos veces; pero las «muchísimas ocupaciones que le abrumaban», habían impedido á su marido visitar el pueblo una vez sola, de lo cual se valían para murmurar las malas lenguas. Pero no pasaría el año nuevo sin una visita de su marido, y entonces todas las calumnias caerían de un solo golpe. Únicamente la presencia de su marido, haciendo ver qué clase de hombre era, ataría todas las lenguas y la vengaría solemnemente de todo cuanto había sufrido.

EL GRAN ESTALLIDO

En aquellos pocos días anteriores á la apertura de las escuelas, el joven entró en relaciones con el organista, que vivía en su mismo piso; éste le puso al tanto de todos los asuntos del pueblo. Era una de las cabezas originales más divertidas de cuantas Emilio Ratti había conocido en toda su vida. Joven, extraordinariamente grueso para su edad, que no pasaba de treinta y tres años, una cara de luna llena, á la que la nariz remangada, la risa burlona, un sombrero de tela puesto al sesgo, y la costumbre de hacer saltar un medio cigarró toscano, masticado siempre, desde la una co-

misura de los labios á la otra, dábanle tales aires de impertinencia, que un Santo le daría de bofetadas. Pero su indiscutible y raro valer como músico, el celo verdaderamente ejemplar con que cumplía sus deberes de organista y de maestro de la banda, y el fondo excelente y bonachón de su carácter, hacía que se olvidase la desenvoltura de sus modales y el atrevimiento sin límites de sus opiniones. No era republicano realmente, si bien por antonomasia solían nombrarle «El republicano»; no se acaloraba ni en contra de la Monarquía ni en pro de la República; ni aún se comprendía bien por qué razón y de qué cosas más especialmente se hallaba descontento en el estado actual de las sociedades; de política hablaba muy poco, porque no tenía opiniones ni aspiraciones bien determinadas. Pero por efecto de su espíritu aventurero que llevaba en su sangre, por una antipatía al parecer congénita por todo ciudadano con empleo y con fortuna para quien era conveniente la duración del *statu quo* y también por un peregrino convencimiento suyo de que la música solamente podía ganar algo á consecuencia de una transformación grande del mundo, el organista no cesaba un momento de propagar como inevitable y anunciar como muy próxima una disolución general, que denominaba «El gran estallido» de todo el conjunto de las instituciones y de las fortunas presentes, al cual daba el nombre genérico y despectivo de «barracón». No explicaba, ni sabía qué causas inmediatas producirían tan pronto el enorme cataclismo, y qué saldría de aquellas ruinas; pero sabía y afirmaba con perseverancia infatigable que el cataclismo era seguro y estaba inminente. Las señales del trastorno se veían, para él, todos los días y en los hechos menos importantes en la apariencia, no sólo de política, sino hasta en los de las gacetillas que leía en los periódicos. En el café, por la mañana y por la noche, interrumpía la lectura de los telegramas ó de las «noticias de Italia» para frotarse las manos y preguntar á los que tenía cerca:

—¿Ha leído usted?... ¿Ha oído usted? Lean ustedes aquí... Oigan esto... ¿Pero saben ustedes que es muy grave esto? Les digo á ustedes que «esto se va...» y

formulaba comentarios muy exagerados, dirigiendo miradas de conmiseración cómica á los propietarios y á las autoridades allí presentes, que se estremecían. Lo peregrino de todo esto era que el organista no aborrecía á nadie, ni quería el mal de troyanos; solamente deseaba el «gran estallido», nada más. ¡Oh! Sería una cosa verdaderamente grande, que sobrepujaría todas las aspraciones de los descontentos y todas las cavilaciones de los asustadizos. Si; el «barracón» se cuarteaba de arriba abajo, estaba corroído en sus cimientos, apollado por todas partes, y se sostenía milagrosamente; un ligero soplo bastaría para destruirlo y dispersarlo como un castillo de naipes. Y de tal suerte estaba arraigado en él este pensamiento, y de tal modo le dominaba, que en sus ratos de ocio estaba componiendo una fantasía, intitulada «el gran estallido», ó sea «la música del fin del mundo», y de la cual de vez en cuando, daba á conocer á los amigos un trozo en el piano, cerrando los ojos cuando tocaba alguna frase de efecto.

Este hombre original expuso sus ideas á Emilio Ratti una tarde precisamente delante del piano de su casa, donde le había invitado á beber una copita de menta y á oír cuatro notas. Viendo que tenía en la mano la lista de los inscriptos por la ley en la escuela, comenzó á charlar del alcalde.

—¡Bah!—le dijo,—no se dé usted á pensar en los «obligados», porque en Bossolano falta el que quiere; no se imponen multas; se lo fio.

El alcalde tiene un ¡impedimento! Pero ¡qué «impedimento!» Apenas había llegado á la alcaldía, cuando se promulgó la instrucción obligatoria; resuelto á que fuese cumplida la ley, había denunciado la falta al juez municipal y había impuesto las multas; pero como esa disposición le hubiera enemistado con algunos aldeanos que le amenazaron con trabajar contra él en las próximas elecciones, levantó las multas por aquel año. Al siguiente volvió á amenazar con las multas; pero porque se hizo efectiva una de ellas, por falta de asistencia de su hija, á un cazador furtivo, hombre largo de manos y temido y madrugón, el cual amenazó con que caería una noche en plena sesión del concejo,

con el cuchillo en la mano, se asustó el alcalde en tales términos, que en todo aquel año no se atrevió ni aún á dirigir cargo alguno sobre este punto. Al año siguiente, recobrado el ánimo, había tornado á imponer multas, y entonces, por toda respuesta, habíanle cortado las moreras y estropeado las vides de sus posesiones, lo cual le había persuadido á dejar que las aguas corriesen por sus cauces. Ahora los padres enviaban á sus hijos á la escuela cuando les acomodaba. Estos eran casi todos unos pilluelos que pedían permiso para ir á hacer aguas y se estaban haciendo aguas tres meses, sin que sus padres padeciesen por esto molestia de ninguna clase. Y era muy justo, decía el organista, porque le parecía un odioso abuso de fuerza ese de privar á un ciudadano hasta de la inocente libertad de ser un borrico. Además, aunque el alcalde hubiese perseverado en su propósito de multar, estaba allí aquel desdichado juez municipal que se guardaba muy mucho de echárselas de terrible, porque entrampado hasta los ojos con tenderos y labradores por culpa de una caterva de hijos, cuya manutención pesaba sobre sus hombros y que entristecía su existencia, le convenía no exasperar á ninguno: hallábase reducido hasta el extremo de no dejarse ver en la plaza, y para tomar un poco de aire daba—como se decía por chungu en el pueblo—el paseo de circunvalación, allá al obscurecer. Las deudas del juez municipal y el miedo del alcalde eran también para el organista otros tantos signos del gran cataclismo próximo, porque significaban que todo en el mundo actual estaba destrozado y podrido, en las instituciones y en las personas, aún en las más miserables aldeas.

—Seguramente, señor maestro—le dijo para concluir,—ha llegado usted al pueblo de los «impedidos».

Y explicó á Emilio Ratti cómo, no ya solamente el alcalde, sino también el delegado y muchos otros, con el miedo en el cuerpo por una tal señora Bargazzi, una maestra medio loca, á la cual habían despedido, pero que el día menos pensado podría caer en Bossolano para dar un escándalo aunque sólo fuese con la lengua, porque tenía una lengua de hacha y sabía muchas cosas de todos.

—Dé usted tiempo al tiempo—añadió,—y verá cosas buenas.

SINGULARIDADES

Atraído por aquella garrulidad, pasó el maestro algunas noches con el organista en el «café de la Amistad», lo cual fué observado; pero cesó casi por completo de acudir allí cuando comenzaron las clases. Pudo convencerse entonces Emilio de que, en lo referente al cumplimiento de las leyes sobre enseñanza, el alcalde había sido retratado tal cual era en efecto. Cuando el joven le presentó la primera lista de los inscriptos que no concurrían á clase, tomó de sus manos el papel y se lo metió apresuradamente en su bolsillo, hecho lo cual le respondió:

—Está perfectamente: apercibiremos á los padres. Entre tanto, dé usted mismo algún paso, porque ya lo comprende usted, con buenos modos todo se logra, y con las violencias cualquier cosa se echa á perder. Sin embargo, los que faltaban no eran muchos, y aquellos escolares, cuya mitad, lo menos, se componía de niños de siete años no cumplidos, que despertaban en el maestro sus antiguas simpatías por la infancia, á la que no había vuelto á enseñar desde Garasco, le agradaron como una cosa nueva. Era, amén de esto, una escuela que exigía más paciencia que la segunda y la tercera; pero que dando menos labor á su inteligencia y necesitando menos preparación, le dejaba más tiempo y más frescura de imaginación para estudiar en las materias de los concursos de Turín, que eran para él lo más apremiante. El superintendente, un geómetra de mediana edad, casado con una mujercita muy linda, le visitó en los primeros días para sugerirle la idea de ejercitar desde el principio á sus alumnos en hacer con la tiza dibujillos en la pizarra; pero le habló de esto con un agrado tan amigable, que le dió casi

la certidumbre de que nunca tendría con éste choques ni disgustos. Preveía, pues, un año bueno, de paz y de calma.

Recelaba, no obstante, que no había logrado las simpatías del delegado de escuelas, que era un médico muy viejo y que ya no ejercía, con cara de juez ceñido, á quien al parecer disgustaba todo lo que veía oía ó pensaba, desde el momento en que salía de su lecho hasta que volvía á poner la cabeza en la almohada. Habíale parecido, desde la primera vez en que se había hallado en presencia suya, que el delegado lo miraba mal y como rumiando para sus adentros juicios desfavorables á su persona, pues le había preguntado en qué pueblos había sido maestro y por qué tenía «tanto deseo» de ir á establecerse en Turín. Tal vez el hecho de haber dado el joven una bofetada á un compañero del delegado, á pesar de la justificación amplia y de las recomendaciones del Provisor, contribuía á hacérsele poco simpático, y esto se comprendía perfectamente; pero debía de haber alguna otra causa, sin duda. Uno de los primeros días, mientras estaba Emilio parado delante del carretón de un vendedor ambulante de libros, el delegado se había parado muy cerca, fingiendo que también miraba, como para ver qué libros compraba el maestro. Por la noche, en el café, parecía á Emilio que los parroquianos próximos á él fijaban su atención en el periódico que escogía entre siete ú ocho que estaban desparramados en la mesa redonda del centro. Después le cruzó por la mente otra sospecha más grave, cierto día que el delegado se presentó en la escuela con un oficial de carpintero para sustituir un grabadito que representaba al rey Humberto, por una gran oleografía, con marco y todo, que él mismo regalaba á la clase. Cuando la oleografía estuvo colocada en su sitio, el anciano subió á una silla, sacó del bolsillo un pañuelo limpio, lo pasó por encima del cuadro con muchísimo miramiento, casi con alardes exagerados de respeto, como si lo pasase por una imagen sagrada, y después de bajar, díjole gravemente:

—Encargo á usted que tenga muchísimo cuidado con

este cuadro, todo el cuidado debido, porque en una escuela eso es lo primero.

Y acompañó aquellas palabras con una mirada fija y escrutadora.

—¡Demonio!—pensó el maestro.—¿A que me toma por un republicano rabioso? ¿Pero qué fundamento puede tener esa creencia?

¡Fundamentos! El delegado creía verlos; pero entonces al joven no le pasó por las mientes siquiera que una de las primeras razones de esa sospecha era el haberlo visto muchas veces en amistosa conversación con el organista, que era para aquel buen señor el sér más aborrecido del pueblo, la peste del término municipal, un peligro nacional y social, cuyas perpetuas profecías de rebelión le amargaban la existencia.

Así y todo, el delegado tenía trazas de ser uno de quien el maestro no debía temer persecuciones ó provocaciones hijas de la mala intención; comprendíase que su ceño adusto más respondía al miedo que á la inquina, y que en el fondo no era más que un pobre señor un poco asustado. Advirtió también el maestro, al cabo de un mes no cumplido, otra gran dificultad, con la que habría tenido que luchar en Bossolano si hubiera tenido que permanecer allí mucho tiempo; era esa dificultad que muy lejos de no pensar en la escuela, pretendían todos inmiscuirse demasiado en los asuntos escolásticos. Había llegado Emilio á uno de esos pueblos, pocos en número, en que las autoridades, poseyendo cierta cultura y no teniendo mucho que hacer, quieren ser todas un ministro de Instrucción pública, disminuído; inspirar, inocular, hacer que triunfasen en la enseñanza sus ideas propias, ó cuando menos alguna de sus ideas. Pues bien: precisamente en Bossolano era imposible hacer lo que ellos querían con el maestro señor Delli, hombre de edad madura, de gran firmeza de carácter y celoso de su independencia didáctica, y por esto se lanzaron con mayor ardor sobre Ratti, de quien, por ser recién llegado, creyeron que sería más dócil y más manejable; y lo abrumaron á fuerza de planes, de proposiciones y de consejos. El superintendente, geómetra, proponía el dibujo natural; el alcalde, boticario, quería que el maestro ense-

ñase un poco de botánica, experimental como él decía, y formaba herbarios para este fin; el delegado, médico, era partidario de un cursito de higiene infantil; el párroco, inventor de un sistema especial de mnemónica para aprender el catecismo con auxilio de coplitas «ad hoc», de figuras y de cifras, quería que el maestro lo ensayase en la escuela. Entre todos ellos, si á todos ellos hubiese dado oídos; habrían hecho de la primera clase elemental una universidad en miniatura, en la cual los niños se hubieran atontado en seis meses, sin aprender el abecedario. Afortunadamente, el cura, un cleriguito muy vivo, como de setenta años, delgado y ligero como una sombra (que habría sido el fisgón más peligroso, ya por la autoridad de su carácter, ya por su especial habilidad para dar siempre en el blanco de todas las cuestiones, sin andarse nunca por las ramas), estaba preocupado con una empresa á la que hacía ya tiempo consagraba toda su actividad: la reconstrucción del campanario de la iglesia, para la cual andaba recabando suscripciones por mar y por tierra, y solicitaba una subvención del concejo; subvención muy difícil de obtener. De algunas, y aún de muchas visitas del superintendente geómetra vióse libre, gracias al edificio que para las escuelas estaban construyendo con arreglo á unos planos en los cuales proponía el geómetra, cada día, ya un cambio, ya un apéndice, y allí se pasaba largas horas de sus días desocupados (que eran todos) discutiendo con el maestro de obras piedra por piedra y ladrillo por ladrillo. El cura, por otra parte, consagraba también hacia mucho tiempo sus cuidados á una escuela privada que sostenía un maestro ya anciano, muy aficionado á la música, y que al enseñar el canto llano á sus alumnos, asegurando que aspiraba á sacar de ellos cantores para la iglesia, hábale prometido dejar en el testamento algunos de sus mejores cuadros para la parroquia. Desde el primer día había visto Ratti en el pueblo la figura extravagante de aquel compañero suyo, melnudo y viejo; que llevaba un gran sombrero calabrés, una casaca de terciopelo, de color de castaña, bastante raída, y que se daba ciertos aires de artista. Este buen señor había heredado de un su tío, un poco maniático,

como cosa de veinte cuadros religiosos, muy antiguos, y que el testador calificaba como lienzos de Rafael, de Tiziano, de Guido Reni, etc., fundándose en ciertos documentos apollillados y roídos por los ratones; papeles que se habían perdido del todo.

Con los cuadros había heredado la íntima convicción de la autenticidad del tesoro, y de esto nadie había conseguido apearle, ni con burlas, ni con razones. Con aquel tesoro vivía completamente feliz; llevaba para que lo viese al primero que encontraba, y muy á menudo leía á sus amigos más íntimos un testamento, que reformaba y modificaba de un año para otro, en virtud del cual dejaba aquellas obras maestras, ya á parientes lejanos, ya á casas reinantes; ora á Museos, ora á catedrales famosas y aún á personas del pueblo que, con motivo de incendios ó de inundaciones, habían llevado á cabo actos de valor, y en este caso empleaba siempre la misma fórmula: «Dejo este cuadro á fulano de tal y cual, para que sirva de estímulo al pueblo el ejemplo de la virtud recompensada con la riqueza.» Uno de aquellos cuadros estaba irrevocablemente destinado al maestro Verdi. Del por qué no vendía, por lo menos, uno de los cuadros «para recompensar la virtud propia», se formará idea conociendo una frase suya, que él repetía con frecuencia, golpeándose el pecho con la mano; golpes que ¡pobre hombre! sonaban á hueco muchas veces. «Tener millones y vivir pobre. ¡Esto es grandeza!»

EN CASA DEL ALCALDE

El maestro fué conociendo poco á poco á los personajes del pueblo en las veladas del señor alcalde, á las que, como le hubiese sido reiterada con insistencia la invitación, se creyó obligado á concurrir. Allí encontró la primera noche á la maestría Riccoli, sentada muy cerca de la señora de la casa y con la actitud tímida de una «señorita de compañía» que hubiese en-

trado, pocas horas antes, en el ejercicio de sus funciones; la alcaldesa invitaba siempre á las maestras para que le formasen á manera de una guardia de honor literaria. Había allí algunas otras señoras, todas entrañadas en años, exceptuando la mujer del geómetra, inspectora de las escuelas; una morenita cuya cara apenas era suficiente para contener sus ojos; sin barbilla, pero muy graciosa y llena de sal y aún de pimienta, y que pasaba por ser el mejor ingenio de toda la comarca. Las señoras solían ocupar uno de los ángulos del salón; de los hombres, los unos permanecían en el salón también, los otros salían al saloncillo contiguo, en el cual se fumaba. Dos modestísimas luces de petróleo pendientes del techo iluminaban, muy modestamente también, las dos habitaciones no menos modestas, dejando en la obscuridad varios diplomas honoríficos del alcalde, clavados en la parte más alta de las paredes; dos veces en cada velada una doméstica daba la vuelta al salón y al saloncillo con una bandeja de copitas, de lamentable pequeñez, y en cada una de las cuales había dos dedos de Marsala, que sabía á botica. Algunas veces el alcalde en persona daba una vuelta alrededor de la sala con una de esas cigarreras en forma de templete hexagonal, cuyas puertecillas se abren todas al mismo tiempo por medio de un botoncillo de metal, y ofrecía cigarros Cavour á los amigos; pero abría y cerraba con tal rapidez, que si el amigo no se apresuraba más á servirse, ó no llegaba á tiempo, ó se dejaba coger los dedos.

En la primera noche se hallaban en la recepción: el delegado de escuelas, el geómetra, el recaudador de contribuciones, y otro á quien Emilio no conocía; entraron después el cura y el médico titular, un mocetón de gran estatura, con barba casi dorada y que parecía un tudesco. Cuando estuvieron todos, empezóse una conversación interminable sobre una votación reciente del Concejo, en que se había determinado continuar una cañería á lo largo del eje longitudinal del cementerio para impedir las abundantes filtraciones de agua que allí se producían desde un terreno un poco más

elevado; votación que había sido precedida de discusiones largas y animadas. En esta conversación, en la cual los razonamientos aducidos por una y otra parte en el Municipio se repitieron por los defensores de las respectivas soluciones, y en la cual el delegado era decididamente adversario de la experiencia médica, á que habían atendido la mayoría de los concejales, tuvo Emilio ocasión de notar un método de discusión completamente nuevo para él. Si: el alcalde y la alcaldesa le habían dicho la verdad, ó poco menos; los principales de Bossolano mantenían entre sí, á pesar de sus disentimientos administrativos, buenas relaciones de amistad; y era verdad que habría sido muy difícil hallar otro Municipio en que se discutiese con comedimiento una cuestión análoga entre un ex alcalde, como lo era el delegado, y el alcalde en ejercicio, después de la controversia que había habido ya en las sesiones del Ayuntamiento. Però en la manera atenta y urbana de discutir, así los dos contendientes principales como los de segunda fila, adoptaban ciertas frases, vaciadas todas en un mismo molde, que en otra reunión cualquiera hubieran ocasionado disgustos. Decíanse, por ejemplo, con la mayor dulzura:—«De sobra sabe usted que está diciendo una cosa que no es exacta; en aquella circunstancia, y usted me perdona, procedió usted de una manera poco digna.—Ustedes no han obrado en este asunto con toda aquella delicadeza que teníamos derecho á esperar.» Admitidas como de buena crianza estas fórmulas, sí podía asegurarse que ni las unas ni las otras salían de los términos del mutuo respeto. Pero la cosa pareció al maestro un poco extraña. Por otra parte, cuando una discusión entre dos contertulios comenzaba á exacerbarse, la señora de la casa intervenía para recomendar la paz, para interrumpir á los más exaltados con alguna broma, en el tono afectuoso y grave al mismo tiempo de una «ministra» ó de una «embajadora» que en el choque entre dos de sus convidados creyera ver el primer chispazo de una conflagración europea.

Después de haberse acercado á dos ó tres corros, hallóse el maestro en un ángulo del salón con la inspectora, que mostró divertirse mucho oyendo á Emilio

retratar á varios personajes cómicos de Altarana y de Camina. Después, y procurando con habilidad que la conversación variase, hízola recaer en la maestría Riccoli, y preguntó al maestro qué juicio formaba de su compañerita.

—Una muchacha muy simpática ¿no es verdad? si bien es demasiado pequeña. «Era también una maestra excelente; tenía para sus discípulas una paciencia y un amor tales, que ya no era posible pedir más. Solamente (siguió diciendo), sería menester que alguna persona de su confianza la advirtiese para que corrigiera un defecto suyo... Si se quiere no es realmente un defecto, estaba casi por decir que es una virtud; pero de esas virtudes que cuando se exageran, ya me entiendo usted, pueden dar motivo... para burlas. ¡Yo lo sentiría mucho!»

La cosa se reducía á esto: la muchacha, tímida por naturaleza y educada por dos tías solteronas, ambas muy aficionadas á cosas de iglesia y muy ignorantes de cosas del mundo, á fuerza de leer en los periódicos y de oír en el seno de la familia los innumerables contratiempos á que están expuestas las maestrías solas en los pueblecillos pequeños, había llegado á formar una idea de esos peligros de tal modo fantástica, que entró en Bossolano (su primera estación rural) con los mismos ánimos que habría podido entrar una monjita en un campamento de soldados del Gran Turco. Atrancaba la puerta del cuarto; nunca salía sola de su casa después de anochecido; veía en cualquier hombre que se acercaba á ella un Tenorio de profesión; no se atrevía á dar un paseo por el campo, como si detrás de cada grupo de árboles estuviese oculto un raptor con el caballo apercebido y el coche presto. Baste decir que en la misma tarde de su llegada había dado con la puerta en las narices al herrero que, por orden del alcalde, quiso hacer algunas reparaciones en el cuarto de la escuela, diciéndole, por el ojo de la cerradura, que volviese al día siguiente, cuando hubiera buena luz y ella estuviese en el ejercicio de sus funciones. Y ¡Dios nos librase de que un hombre le dirigiera un cumplimiento por respetuoso que fuese! inquietábala como una amenaza de violencia. ¡Qué más! ¿No le

había preguntado á ella misma si debía denunciar al juez municipal que había visto una tarde á tres jóvenes parados y que miraban fijamente á su casa, como si estuviesen tomando medidas para realizar un golpe de mano nocturno? El maestro se rió, echándolo á broma. Pero la señora le aseguró que era serio. No le dijo, aquellos miedos ridículos, procuraba fomentarlos ella sin embargo, que, en vez de quitar á la pobre niña misma para divertirse á su costa, sin que lo advirtiera, aconsejándola que se guardase de unos y de otros, á quienes atribuía malas intenciones, y hasta pintándole como un libertino fogoso y capaz de todo, á cualquier concejal viejo, lleno de achaques y de reuma, y que no tenía trazas de haber engañado á su mujer ni aún con el pensamiento. No dijo esto; pero lo demostró aquella misma noche con la más tranquila desenvoltura.

Cuando estaban ya para salir, dijo á la maestra en voz baja y con cierto tono de protección, que la acompañaría á casa; y saliendo á la plaza oscura, la colocó entre ella y su marido, cogiéndola de brazo. El maestro se acercó á ella para ver. Cuando estuvieron delante de la puerta, la señora estrechó la mano á la muchacha, y le dijo:

—Ahora váyase usted arriba muy de prisa, y hágame la señal convenida.

Cuando hubo subido precipitadamente la escalera, apareció al minuto detrás de los cristales del balcón alumbrado, é hizo una seña de tranquilidad, como diciendo: «No hay nadie.» Después se cerraron las maderas y la señora sofocó una carcajada con el manguito.

En la segunda noche Ratti supo, gracias á la señora misma, la historia de la maestra señora Bargazzi. Precisamente el alcalde y el delegado estaban á la sazón muy preocupados con una carta de la susodicha, carta en que la maestra anunciaba su llegada próxima y amenazaba con rayos y truenos si no le restituían su plaza. La tal Bargazzi, hija de un carpintero, una figura de posadera musculosa, había sido, por espacio de dos lustros, maestra en Bossolano, sin manifestar más defectos que su carácter algo irascible y sus celos

amargos de todas sus compañeras jóvenes; pero no había provocado jamás un escándalo. Mas cuando hubo llegado á la edad crítica, no pareció sino que se le habían metido los demonios en el cuerpo: había comenzado á destrozar reputaciones, á promover disturbios, á meter tales chismes y cuentos entre autoridades, profesores, padres de alumnas y cuantas personas conocía, que cierta noche, excitados por algo que había murmurado en contra de la madre de una discípula, á quien faltó muy poco para desmayarse en la escuela, habíanse reunido unos trescientos bossolanenses con llaves, latas de petróleo, sartenes, y habíanse propinado, al pie de la ventana, encerrada tan formidable, que la maestra tuvo que escapar del pueblo. Reponerla en su plaza habría sido una locura; pero como, con arreglo al contrato, aún tenía derecho á dos años más, apoyándose en esto, habíase trasladado á Turín para hacer valer sus razones. El Provisor se informó de lo sucedido, y en vista de que en realidad no podía ser repuesta, había dado el encargo al delegado de las escuelas de persuadirla, con buenos modos, á aceptar un arreglo. Pero ella, que había llegado ocultamente á Bossolano, no bien escuchó las primeras palabras pronunciadas por el *amigo de las componendas*, se había descompuesto, había prorrumpido en gritos y desatádose en improperios de todas clases contra el delegado, su familia, los dependientes, los vecinos de la casa, y hasta los carabineros que habían acudido á los gritos. El consejo de disciplina la había suspendido entonces por seis meses, y nombró para sustituirla á la señora Riccoli. Pero la señora Bargazzi no se resignó, y tornando á Turín, había perseguido durante un mes al Provisor y al Gobernador con cartas, solicitudes de audiencia, paradas en la calle, quejas y amenazas en antesalas y escaleras. Por último, como hubiera averiguado que la nueva maestra se había establecido ya en el pueblo, acometida de nuevos furros, amenazaba con ir á recobrar su plaza á viva fuerza, ó, en otro caso, á tomar venganza ruidosa; las dos autoridades, que conocían la audacia y la lengua de aquella buena amiga, temían constantemente un péximo cuarto de hora. De todos modos, al decir de

la señora que contaba todo esto á Emilio Ratti, el pueblo se había quitado de encima á tal maestra, y ahora podía afirmarse que el cuerpo docente era verdaderamente ejemplar. De la maestra Marticani hizo un elogio, á lancetazos, que era un prodigio de benignidad feroz.

—Es una maestra excelente—dijo,—á la cual solamente un reproche podría hacerse, reproche que en resumidas cuentas la honra: el de que mantiene demasiado orden en su clase; que hace á sus alumnas estar demasiado envaradas. Aparte de esto, es una señora muy bien educada y de muy buena familia; creo que tiene un hermano procurador de un abogado de Novara, y un tío ujier primero del Senado. Ya habrá usted observado lo mucho que quiere á su hijo. Es una lástima que no logre hacer que su bendito marido venga, aunque no sea más que una vez, para poner término á tantas habladurías. Ya sabemos que en los pueblecitos hay mucha tendencia á pensar mal. Ella dice que el empleo de su marido no le permite ausentarse de Turín. Está en Correos, me parece. Pero debería hacer un sacrificio. Comprendo, sin embargo, que los empleados en Correos de Turín tienen bastante más que hacer que los de Bossolano: principalmente los carteros.

Y quién sabe hasta dónde habría llevado sus elogios, si la palabra «republicanos», pronunciada por el delegado en la sala contigua, no hubiera solicitado su atención. Ella calló de pronto é indicó á Emilio que escuchase; aunque el delegado hablaba muy quedo, como Emilio Ratti se hallaba sentado cerca de la ventana, pudo oírlo todo.

—Casi todos son republicanos—decía el tal delegado con su voz agria de eterno descontento.—El espíritu revolucionario está en la naturaleza misma de la profesión. ¡El Gobierno la emprende contra los que alzan bandera roja en los comicios! ¡Qué mentecatería! No son, no, los enemigos más terribles de las instituciones los que van á gritar en los teatros; lo son aquellos á quienes los municipios pagan á sus propias expensas para que envenenen la juventud. Les aseguro á ustedes que están sacando una generación de anár-

quicos y descreídos que ha de hacerles á ustedes estallar y volar por los aires. Por de pronto, ellos son los que han prendido el fuego á la Romanía; es un hecho probado y ya no discutible. Todos están afiliados á alguna cosa. Solamente las gentes sin instrucción y sin malicia pueden dejarse engañar con esas «Sociedad de socorros mutuos», «Liga para la defensa de la instrucción» y cosas por el estilo. Sería preciso ver los estatutos secretos. Además, todos están en correspondencia secreta unos con otros; no existe en la sociedad clase alguna que escriba más cartas ni tenga más pe lódicos; todos están suscritos, lo menos, á uno; todos escriben artículos. ¿Y saben ustedes qué es lo que escriben? Tampoco lo sé yo. Sus periódicos no se venden en las calles y no se hallan en los cafés; pero precisamente por eso son más peligrosos, porque van labrando y realizando su obra, bajo mano, sin producir rumor alguno. ¿No? Pues si negáis esto, negáis la luz del sol. Son una secta muy vasta, constituida por varias sectitas, muchas en número, discordes tal vez en determinados asuntos del abecedario, pero de acuerdo siempre en lo principal. Repito á ustedes que están unidos todos. Pruébese á molestar á uno: gritarán miles de ellos. Todos furibundos y clandestinos propagandistas. ¡Me dan ustedes risa! Celebraría yo que ustedes pudiesen oír detrás de las puertas de las escuelas qué variaciones tan divertidas cantan acerca de los asuntos escolares.

—Pero, señor, eso se sabría por los mismos niños—dijo una voz.

—¡Bah!—replicó el delegado;—los niños se callan por miedo, ó están en inteligencia con sus maestros; ¡qué demonio! Los muchachos son instintivamente anarquistas. Es, por lo tanto, muy natural que estén más conformes con sus maestros que con sus padres. ¡Atra-sados andan ustedes de noticias! Veinte años ha que en el pueblo conspiran todos.

Algunos oyentes rieron al oír estas palabras.

—Seré muy ridículo—continuó diciendo el delegado.—Sigan ustedes, sigan, andando hacia adelante con la cabeza metida en el saco. Creo, con arraigada creencia, que precisamente delante de los crucifijos y en

las barbas mismas de los retratos de «Su Majestad» está elaborándose cierto «estallido» de que nos habla con frecuencia el perdido del organista. Precisamente otra culebra que ustedes abrigan en su seno. ¿Que no? Una prueba de la exactitud de lo que digo es que todos los «recién llegados» se unen inmediatamente á él con amistad estrecha. Deben de reconocerse unos á otros mediante alguna señal, como los masones... ¿Qué quiere usted decirme?

Alguno de los allí presentes debió de indicarle que el maestro podía oírlo, porque el delegado calló y los demás comenzaron otra conversación. La señora preguntó á Ratti, sonriéndose, si había comprendido á quién quería aludir el delegado. La cosa era clarísima.

—No lo eche usted á mala parte—le dijo su interlocutora;—es una verdadera monomanía que este buen hombre tiene contra los maestros; para él han sido siempre el garbanzo negro. Pero sería incapaz de negar su saludo á nadie, y jamás ha tenido cuestión alguna con un maestro. ¿Qué quiere usted? Se ha creado un capitalito visitando y haciendo sangrias por espacio de cincuenta años, y tal miedo tiene de perderlo, que ve enemigos del Estado hasta en la sopa. Los días en que bajan los fondos algunos céntimos, no se levanta de la cama. Pero voy á dar á usted un buen consejo por sí, para bien suyo, quiere usted aceptarlo y seguirlo: no intime demasiado con el organista, porque esa intimidad podría acarrearle disgustos, como se los acarreó á su antecesor. Es una lengua de hacha! Es muy capaz de haber contado horrores de mí. (Y al decir esto, la señora miró con fijeza al joven.) Un maestro, usted lo comprende perfectamente, necesita guardar ciertos miramientos...

Pero al decir esto la señora dejó escapar una carcajada, y prosiguió:

—Es, no obstante, un hombre muy agradable con aquello del «gran estallido», no puede negarse; y alborota que es una bendición de Dios. ¡Y qué cara tan fea! ¡Virgen Santa!

A pesar de este incidente, Emilio Ratti prosiguió concurriendo con gran contentamiento á las veladas del alcalde; no ya solamente porque halagaba su amor

propio el ser recibido familiarmente en la primera casa del pueblo, sino también porque de todas las discusiones que allí oía sobre asuntos de administración, de leyes, de obras públicas, de agronomía, etc., aunque sostenidas por personas de cultura incompleta, algo utilizaba y algo aprendía que le sirviese hasta de auxilio en la escuela. Emilio pensaba muy á menudo en lo mucho que los maestros aprenderían si pudiesen vivir así, en amigable familiaridad con las personas más distinguidas de los pueblos, en vez de hallarse arrinconados con los domésticos y servidores de las casas.

También en cierta noche tuvo la satisfacción de oír que alguien tomaba la defensa de su clase en presencia del delegado, que calló. El alcalde refirió un suceso recientemente ocurrido en cierto Municipio de la comarca, un episodio escolar amoroso de la gran comedia del mundo rural. Había allí una maestría rubia á la que habían requerido de amores á un tiempo mismo, y sin fruto ni aún flores, dos concejales de gran preponderancia en el pueblo. Pero no bien éstos habían abandonado el campo

Agitando terribles garras vacías,

había llegado al pueblo un maestro nuevo, y habiase apoderado del corazón de la hermosa y casádose con ella. Los dos concejales, que fueron hasta entonces enemigos encarnizados y rivales acérrimos, y se habían hecho guerra á muerte, como no pudiesen soportar ni el uno ni el otro el odioso espectáculo de aquella luna de miel profesional, habían fraternizado en el propósito de la venganza, y amenazando al alcalde con derrotarle en las próximas elecciones, habíanle persuadido á que, bajo un pretexto cualquiera, despidiese á los dos maestros recién casados.

Afortunadamente los señores consejeros de Instrucción pública, á quienes no atormentaban los celos, habían repuesto la enamorada pareja en el nido para que continuara arrullándose en las barbas mismas de los irritados administradores: el decreto del Consejo habíase insertado en el periódico tres días antes. La

inspectora decía que conoció al maestro en Turín, en una reunión de confianza, donde dicho profesor había cantado, con una hermosa voz de bajo, por cierto, un dúo de «Crispino e la comare».

—¡Pobres maestros!—dijo entonces sonriendo y vuelta hacia Emilio.—¿Cómo han de arreglárselas si no los quieren ni solteros ni casados?

Por su parte el geómetra tenía también algo menos alegre y más extraño que referir, y acerca de ello pedía explicaciones al recaudador, que estaba presente. En un barrio del Municipio de Crodella, donde existía un horrible local para escuelas, un maestro muy viejo, que enseñaba allí hacía ya muchísimos años, y que, en resumidas cuentas, recibía «un céntimo diario» por cada alumno, había conseguido, á fuerza de sacrificios, librar de ciertas hipotecas un tabuco de su propiedad, y en una habitación de esa casucha había instalado á sus discípulos, muy á satisfacción del Ayuntamiento, que le pagaba de alquiler diez y nueve pesetas y setenta y cinco céntimos cada año. ¿Cómo, preguntaba el geómetra, cómo el comisionado de impuestos ha tenido el valor de imponer á ese maestro ocho pesetas y cuarenta céntimos de contribución, dejando así reducido el producto de la finca á once pesetas y treinta y cinco céntimos, que equivale á diez y ocho perros chicos al mes, con los que ha de atender á los gastos de conservación y reparaciones?

Esto parecía al geómetra una monstruosidad; no obstante, era cierto.

La inspectora cortó, sin embargo, la palabra al recaudador, que se disponía á contestar, y dijo:

—No quiero que se hable de estas desventuras en presencia del maestro señor Ratti y de la señorita Riccoli. Tenía ella, á lo que manifestó, cosas más consoladoras de que hablar; por ejemplo, una fiesta hermosísima celebrada durante el domingo anterior en el Municipio de Piana; función de la que una amiga le había enviado en carta una pintura conmovedora. Estaba allí el maestro Víctor Lauri, un anciano casi octogenario, que llevaba más de cincuenta años explicando en el pueblo, con la retribución de seiscientas pesetas; y con aquel sueldo había sacado á flote á

siete hijos, cuatro de los cuales eran también maestros. El ministerio de Instrucción pública le había concedido la gran medalla de plata, encargando de llevársela al inspector del distrito. Había sido aquella una solemnidad sin ejemplo en el pueblo. Los siete hijos del venerable anciano se habían hallado presentes al acto. Las señoras del pueblo habían dado á sus niños, para que los regalasen al maestro, sendos objetos: ya una caja de rapé, ya una pluma de plata; ésta una cartera, aquélla unos libros. El Inspector, al entregar la medalla al anciano, que derramaba lágrimas de emoción, le había besado, y la concurrencia había estado en aplausos y vítores.

El maestro fué luego llevado como en triunfo á su domicilio, precediéndole sus alumnos formados, rodeándole sus hijos, la muchedumbre le seguía... ¡Ah! ¡Qué lástima no haber podido presenciar eso!—exclamó la señora.

Y tendiendo hacia el maestro la carta de su amiga, le dijo con voz que partía del fondo del alma:

—Se la regalo á usted; esa lectura le consolará tal vez cuando tenga disgustos y amarguras en su carrera.

Siempre que no había «sobre el tapete» asuntos administrativos ó sucesos de la crónica rural, las conversaciones venían á recaer invariablemente al tema consabido del edificio para escuelas que iba levantándose poco á poco. Aquel dichoso edificio, del cual se habían hecho y vuelto á hacer y discutido tres distintos planos, era, en realidad, un gran auxilio en aquella escasez de asuntos de conversación que la población ofrecía. Ya habían aparecido en los periódicos, de vez en cuando, articulillos encomiásticos para el geómetra, para el contratista, maestro de obras, y para cada uno de los empresarios de las diferentes obras subastadas en las distintas artes fabriles; eran ya conocidas y se contaban por todas partes las biografías de los pocos albañiles que de la ciudad habían llegado; la «Escuela nueva» había concluido por adquirir la importancia de una obra monumental, por la que Bossolano llegaría á ser un Municipio benemérito de la patria.

Y podía tanto en todos la pasión itálica por la exterioridad de las cosas, que todo problema de mejoramiento de la enseñanza ó de la moral se desvanecía ante el asuntó del edificio, como si detrás de aquellas paredes todo debiera mejorarse por sí mismo, por milagroso efecto de la cal reciente; el alcalde vendería también los carteles y las pizarras para agregar algún ornamento á la fachada; y cuando dos amigos se hallaban en la calle y no sabían cómo pasar un rato, se decían: «Vamos á ver las obras.» Y, en efecto, se iban á ver las obras, próximo á las cuales, á determinada hora de la tarde, estaban seguros de encontrar siempre al maestro señor Delli, que parecía entretenido en cortejar á las ventanas de su escuela futura.

EL MAESTRO SEÑOR DELLI

Tanto y tan bien y con tal insistencia hablaban todos del maestro señor Delli, que Emilio Ratti determinó entrar, aunque fuese á viva fuerza, en relaciones íntimas con ese su compañero, que parecía poco dispuesto á consentir en ello, no por orgullo ciertamente, sino por deseo de vivir solo. Los elogios que del señor Delli hizo el organista, estimularon sobre todo á Emilio, pues cuando el organista lo elogiaba debía de ser, ya que no otra cosa, muy diferente de todos los demás.

—Es el único y solo «hombre bien nacido» de todo el pueblo—decía.

Solamente le echaba en cara el no creer en el «gran estallido», ó, para hablar con más exactitud, el no pensar para nada en semejante cosa. ¡Qué demonio! ¿Quiénes con más fundamento y con mayor motivo que los maestros de escuela podían desear que se rehiciera el mundo? Para ellos todo había de ser ganancia en el cambio, porque indudablemente en la sociedad nueva serían enaltecidos á los primeros puestos los que educan la inteligencia del pueblo, que son

los maestros de escuela, y los que le educan el corazón, que son los maestros de música.

Comenzó, pues, Emilio aproximándose á su colega, so pretexto de pedirle parecer en asuntos de la escuela; ese era el medio único de evitar que cortase la conversación, según su costumbre, desde las primeras palabras. No halló Emilio en el señor Delli extraordinaria instrucción, pero sí ideas claras, fruto, según pudo colegir, de observaciones propias, no de lecturas.

La primera que lo impresionó fué la siguiente: el señor Delli había reconocido, al cabo de muchos años de experiencia, que en cada clase y en todos los años se presentaban cinco ó seis alumnos díscolos, que adolecían, sobre poco más ó menos, de los mismos defectos; perversos, por decirlo así, de la perversión misma todos; de tal manera, que al presente, los adivinaba en la fisonomía y en algunas ligerísimas y casi involuntarias manifestaciones de los días primeros. En consecuencia de esta observación suya, había tomado la costumbre, convertida ya en ley para él, de afrontarlos de pronto y aún antes de que hubiesen cometido la primera falta; y, en efecto, advertía que esos alumnos, al verse adivinados de aquella manera y como desenmascarados y desarmados antes de pelear, tomaban tal miedo á la perspicacia y á la energía del maestro, que hasta los más osados permanecían mucho tiempo sin incurrir en falta. Sobre la manera de mantener el orden en clase, las ideas del señor Delli coincidían con las del inspector de Garasco; castigaba sin aviso previo; quería que sus discípulos tuviesen la certidumbre absoluta de que á ciertas faltas seguían ineludibles, inmediatos y sin remisión posible ciertos castigos, como sigue el dolor á una cabezada en la pared. En lo que se refiere al sentimiento que él, padre y hombre de corazón, había de vencer para mostrarse muy severo, aseguraba que no había hecho nunca esfuerzo alguno para ocultarlo; él manifestaba su cariño á la clase entera, no á un alumno determinado. El maestro, á juicio del señor Delli, estaba obligado á no apasionarse: debía existir en él «un algo» de tranquilo, de imperturbable, casi de impersonal, que

hiciese comprender á los niños que la escuela no es la casa, ni el maestro el padre; que en la escuela comienzan á ser ciudadanos y á cumplir obligaciones que tienen para con el Estado, y que en ella, por consiguiente, no tienen derecho alguno ni á indulgencias, ni á ternuras. Era un error, en su concepto, considerar la escuela como otra familia, pues no podría ser sino una familia indisciplinada, faltando al maestro los medios que los padres tienen para contener los abusos de esa familiaridad. Por eso exigía ante todo un silencio profundísimo, para no verse nunca en el caso de levantar la voz, que es el primero y el mayor acto de debilidad que suelen cometer los maestros; de aquí el que sus alumnos, hasta los menos dóciles, se habituaban poco á poco á entrar y salir de puntillas, como si la escuela fuese un templo. Y como la voz, regulaba las alabanzas y las reprensiones; una palabra, una mirada, un movimiento de cabeza, le bastaban. A este procedimiento se ajustaba también en la enseñanza moral, exponiendo preceptos y obligaciones con tantas menos palabras cuanto más elevados y más importantes eran; sin explicar nunca el «por qué de los porqués», como Delli solía decir, que se hace ahora, que casi casi se discuten con los chiquillos los principios más sacrosantos; cuidaba también de inculcar en las inteligencias infantiles que de todo aquello que les decía estaba tan completamente seguro como lo estaba de la luz del sol, y que el buscar las razones de algunas máximas de moral era un sacrilegio.

Parecióle á Ratti desde un principio que aquella manera de enseñar y dar clase era demasiado seca y hasta helada, y que procedía, sin duda, de aridez y frialdad de corazón, por lo cual juzgó que Delli valía en esto algo menos que su amiga la señorita Galli, á la cual entendía Emilio que se asemejaba el maestro en alguna particularidad de su carácter; pero modificó su opinión cuando hubo conocido á los alumnos de su colega, en dos ocasiones en que le sustituyó en clase, y después de haber leído mejor en el fondo de su alma.

Era hombre muy singular aquel hombre en quien

descubría Emilio, cada vez que le hablaba, alguna cualidad nueva, que no había hechado de ver anteriormente. Había leído poco; pero siempre había sacado algo de la lectura más insignificante, y á través de los claros de su instrucción escasa, lanzaba á las veces como llamaradas de comprensión profunda, que dejaban parado á Emilio, y sentencias en las que veía fundadas y condensadas en un solo precepto práctico muchas experiencias diseminadas que el mismo Ratti había tenido ocasión de hacer en sus nueve años de ejercicio profesional, sin haber llegado nunca á darles unidad, ni á formar con ellas cuerpo de doctrina. Y, lo que era todavía más extraño, no parecía sino que todas las facultades de este singular maestro conspiraban al solo fin de la enseñanza; toda idea se le presentaba desde su principio en forma adecuada para penetrar en un cerebro infantil; de cualquier pensamiento que Delli leyera ó adquiriera por sus propias reflexiones, de un suceso referido en cualquier periódico, de una discusión oída al vuelo, del fenómeno vulgar casualmente observado, de todo se apoderaba inmediatamente aquel hombre observador, y todo lo convertía, elaborado á su modo, en material utilizable para sus lecciones. Emilio Ratti, mirándole y oyéndole, se preguntaba á sí mismo muchas veces si en verdad no había hombres que nacen maestros, como suele decirse que nacen poetas. Y no solamente era de maestro su figura; sus acciones todas, su modo de manejar un libro, su manera de doblar una hoja, de tomar la pluma, todo era, aún fuera de la escuela, ejemplar; como si aquel maestro lo hiciese todo con el propósito deliberado de enseñar la manera de hacerlo bien. Adelantando más en el conocimiento de su compañero, adquirió Emilio la convicción de que el admirable celo del señor Delli por la enseñanza no procedía en manera alguna, como en otros maestros había observado, del altísimo concepto que tuviese formado de su profesión de apóstol del progreso y de regenerador del mundo. Nunca se le oía hablar de cosas tan grandes; nunca salía en sus conversaciones —ni siquiera, á lo que parecía, en su pensamiento— del reducido círculo que le trazaban su programa y

sus deberes. Lo que le impulsaba no era otra cosa que la pasión por el cumplimiento de su deber; el deseo del fruto inmediato y modesto de sus fatigas, el amor vivo á todos los pormenores de su profesión, á la jornada laboriosa, á la conciencia limpia, al orden en las cosas y en la existencia, á la satisfacción de ejercitar con ventaja las facultades propias en el trabajo, al cual las sentía inclinadas por la Naturaleza en un reducido mundo intelectual, fuera del que no había quizás experimentado aún la comezón de un deseo, ni aún en su juventud, y en el que se encontraba siempre más cercano á la perfección y más satisfecho de sí mismo y de los otros.

Sin embargo, en lo concerniente á los intereses generales de su clase, nunca abría la boca; al ver la parsimonia espartana con que él y su familia vivían, comprendíase que la retribución le había bastado siempre. Y aún siendo joven debía de haber tenido sobrados, porque adoleciendo de un ligerísimo defecto de tartamudez, á consecuencia de una grave caída que sufrió siendo niño, habíase ido á su costa á Turín para corregir ese defecto en el colegio de balbucientes del doctor Chervin; y andando el tiempo, como hubiese ganado una subvención inesperada, había comprado con ella un estereoscopio, que todavía conservaba, para uso de sus alumnos. A la sazón, con sus reducidos honorarios y con lo muy poco que le producían la escuela nocturna y algunas lecciones particulares, sacaba lo suficiente para sostener en Turín, hospedado en casa de una señora anciana, á un hijo suyo de unos diez y siete años, que cursaba el segundo año del Instituto, y que le daba muchas veces en qué pensar por su carácter demasiado ligero. En su casa tenía un muchachuelo de ocho años, alumno de su clase, y una niña de diez, que asistía á la escuela de la señora Marticani, ambos modelo de compostura, de comedimiento y de seriedad, como su padre, y que por la manera de conducirse y de estar en presencia suya, antes parecían sus discípulos que sus hijos. Con igual respeto le trataba su mujer, algo más joven que él, hija de un secretario de ayuntamiento; tenía aquella señora en su rostro esa expre-

sión continua de inquietud cariñosa, propias de la madre de familia sobrecargada de quehaceres y de cuidados, y consagrada con toda su alma á no perder un minuto y á no desperdiciar un céntimo. En el cuartito, compuesto de tres piezas y la cocina, que ocupaban encima del de Emilio Ratti, nunca se oía un rumor inusitado, ni una voz más alta que otra. En horas ya determinadas, siempre las mismas, el ruido de pasos y el rumor de sillas movidas, indicaban una existencia doméstica en la cual el horario era tan severamente observado como en la escuela. Todos los días, al primer toque de la campana escolar, bajaban el maestro y sus hijos, y ya no se oía más que el paso animado de la madre, que de cuando en cuando cantaba.

PERSONILLAS

El ejemplo de este singular compañero inspiró á Emilio Ratti un amor nuevo á la escuela. Pero como en el transcurso de siete años el joven no había desempeñado clase de párvulos, tropezaba en la bendita primera elemental con dificultades que le desalentaban. En primer término, se hallaba con el obstáculo, casi insuperable, de volver, con pequeñuelos de seis años, al método de severidad á que había decidido ajustarse para siempre, después de los envidiables y bellísimos frutos que le dieron en Camina la dulzura y el cariño. Además, en una clase como aquélla, podía decirse que la fatiga de enseñar era la más insignificante de todas, si se la comparaba con las infinitas molestias, pequeñas todas, pero molestias al fin, cuya causa común era la edad de los alumnos. El incesante ir y venir para una necesidad; el niño que rompía á llorar porque se le había soltado un botón; el otro chico que revolvía media escuela para buscar un pañuelo perdido; el pasar por la pared una hormiga que distraía de la lección á veinte alumnos, no dejaban